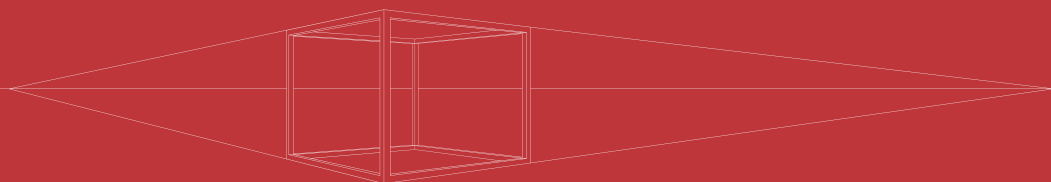


15m2 festival internacional de microdansa itinerant

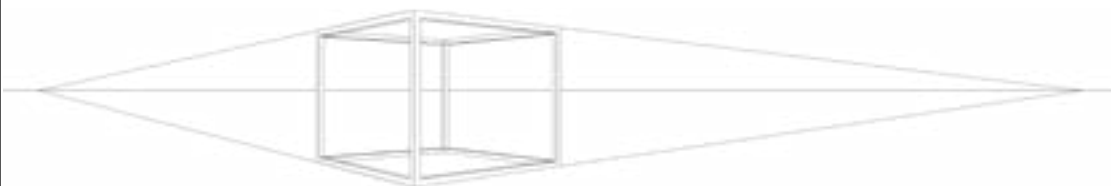
obra de síntesi



horitzó - josep beulas
santa coloma de farners

nº1. 2021

obra de síntesi



Obra de síntesi. Horitzó - Josep Beulas. Santa Coloma de Farners (nº1. 2021)

Edita

Última vèrtebra

Equip d'editors

Javier Bustamante
Anna Garreta
Quim Vilagran

Col·laboradors

Jordi Serra
Santi Vilagran

Disseny gràfic i maquetació

Última vèrtebra

© Última vèrtebra 2021

Amb el suport de l'Ajuntament de Santa Coloma de Farners i la Diputació de Girona; i la secció *Arrel i Memòria* (conversa amb Quimeta Camí) i les entrevistes amb Ona Mestre i Oskar Luko, del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.



8 pròleg

10 editorial

12 conversa amb quimeta camí
la gent jove s'ha de cuidar

30 roberto ramos de león
la utopía del horizonte en el arte contemporáneo

36 javier bustamante enriquez
porosidad

46 entrevista amb ona mestre
ballar és transformar

62 entrevista amb oskar luko
l'escolta. tot està en tot

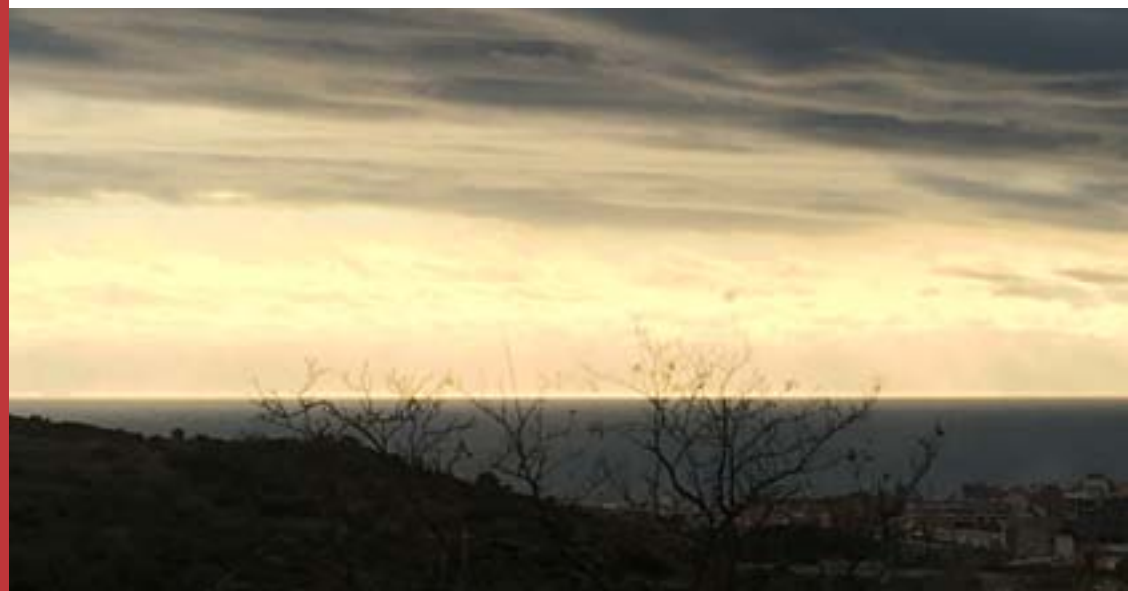
74 edició 2021: horitzó - josep beulas

javier bustamante enriquez

Porosidad

Si contemplamos la línea del horizonte podemos darnos cuenta de que, en realidad, no es una línea que separa infranqueablemente el arriba del abajo. Hay una gradación entre dos aspectos de la realidad que conviven, que limitan incluyéndose uno al otro. Si pensamos en el horizonte marino, este no es rígido, tiene la flexibilidad del oleaje. Partículas de aire y de agua comparten el mismo espacio limítrofe. Hay continuidad, aún en la diferencia de ambos medios.

En otras cualidades de horizonte quizás la porosidad sea más dura, pero igualmente existe. Hay un intercambio de realidades, una coexistencia vecinal que se influye. El desierto, la montaña, el perfil de una ciudad, nos aportan horizontes diferentes con características propias.



La palabra horizonte proviene del griego horos, que se traduce como "límite". Así pues, lo horizontal también tiene que ver con lo "liminal", que es la experiencia de situarnos en el límite, en ese punto donde no estamos en un lugar ni en otro. Sería el espacio del poro, del tránsito, de la mutación. Esto nos remite a ser conscientes de que en todo momento nosotros, donde estemos, somos horizonte. Con frecuencia situamos al horizonte (al límite), más allá, lejos, donde la vista se pierde. Sin embargo, ese más allá también está aquí. Somos límite de nuestra propia existencia. Somos límite para los demás seres.

El horizonte, en consecuencia, es un parámetro que establece la mirada o, mejor dicho, quien mira. Nos encontramos, así, con horizontes convencionales, compartidos, hacia donde una comunidad mira. Pero, también, con horizontes personales, que se convierten en referencias íntimas.

Soledad y silencio, experiencias liminales

Quien va descubriendo cómo estar en soledad y en silencio, también se va adiestrando para estar en compañía y abre sus sentidos para dar y recibir. Este descubrimiento paulatino nos hace personas porosas ante la realidad. El poro comunica el afuera con el adentro de una manera orgánica, logrando la "homeostasis", el equilibrio interior/exterior.

Pero, para abrir nuestros poros hace falta voluntad de hacerlo, un querer estar abiertos a la vida, una atención. Y también es necesario, además de voluntad, un aprendizaje, un camino que parte de lo conocido a lo desconocido.

Es un camino que, de entrada, pareciera interior, pero que en realidad se establece en todas direcciones y en ninguna en concreto. Porque muchas veces este camino pasa por aprender a estar en uno mismo y, a la vez, fuera de sí. De ahí que podamos percibir la soledad y el silencio como experiencias liminales.

Con la idea de "camino interior" corremos el riesgo de separar el afuera y el adentro, lo visible de lo invisible, el más allá del más acá. Esto, más que crear armonía, produce disociación. En el descubrimiento de sí no hay un camino, hay, en todo caso, tantos caminos como oportunidades nos brinda la vida de crecer.

Este caminar necesita de todos nuestros sentidos: corporales y espirituales. Necesita contemplar lo que percibimos como nuestro interior, desde nuestro exterior, y viceversa. Hasta conseguir disolver las barreras que se han levantado en nuestra persona desde el momento en que comenzamos a "socializar". Así, poco a poco y a escala humana, vamos consiguiendo esa porosidad que nos permite concebirnos "uno" con la realidad.



Hacíamos referencia al término "descubrir". Y, sí, se descubre aquello que antes ha quedado cubierto. La dimensión soledosa y silente es parte de la condición humana. Dimensión que el tipo de sociedad a la que pertenecemos va sepultando por muchos motivos y que se hace necesario des-velar.

Descubrir esta dimensión nos ayuda a contemplar cómo lo visible es hábitat de lo invisible. Es su posibilidad. No podemos hacer referencia a cosas invisibles, intangibles o espirituales, si estas no tienen su anclaje en lo visible, en lo material, en lo carnal.

Para que haya soledad y silencio se requiere de un cuerpo, con su sensibilidad y su inteligencia, donde pueda encarnarse y respirar. La palabra, el gesto, el sonido se sostienen del silencio. De igual manera que el silencio o los silencios transpiran en las "emisiones de sentido" que generamos los seres vivos a través de nuestra corporalidad.

La soledad es el punto de origen de cualquier relación. De la calidad de soledad que seamos capaces de cultivar, se desprenden las calidades de relaciones que podemos emprender con lo que nos rodea. Así nos relacionemos con una piedra, un pájaro o las personas que amamos.

El descubrimiento de la soledad y el silencio en mí es un hallazgo y una elección intransferible. Así como también es un regalo que, siendo recibido de forma personal, extiende su beneficio al ámbito social. Porosidad que genera sinergias.

Un horizonte que no es horizontal

Cuando nos situamos en dos planos, contraponemos lo horizontal con lo vertical. Sin embargo, la vida es multidimensional y, si rescatamos la etimología de la palabra horizonte, podemos percibir que toda la realidad es horizontal, es decir, está contenida por límites que le permiten interactuar.

Nuestra piel es el horizonte por experiencia, físicamente el más próximo. Nos aporta un contorno y contiene nuestra biología existencial. También nos ofrece una identidad, una imagen propia que nos configura mental y emocionalmente. No es un horizonte o un límite estanco, la piel está conformada por poros que le permiten respirar y establecer comunicación con el “exterior” del cuerpo.

Un cuerpo en movimiento se encuentra continuamente expandiendo y contrayendo su horizonte, lo torna maleable, elástico. Entre el cuerpo, la mente y el espíritu hay una constante correspondencia. Esto quiere decir que el horizonte físico desplaza también al mental y al espiritual: los coloca en suspensión, desequilibrios, traslados de peso, readaptaciones posturales.

Cuando un cuerpo danza se asume horizonte. Adquiere la consciencia de estar habitando en un presente continuo. Sólo hay el aquí y el ahora: la eternidad. El tiempo y el espacio son la experiencia liminal donde la persona se descubre a sí misma, donde realmente es. Se vuelve un límite que se desplaza incidiendo sobre la realidad que le rodea. Como esa ola que es generada desde las entrañas del mar, llega a la superficie y se levanta hacia el cielo penetrando en el aire y con el mismo ímpetu disuelve su forma en el agua. Gracias al límite que le ha proporcionado la “forma ola”, esa ola ha existido fugazmente.

La danza, al igual que la ola, es una manifestación de arte efímero. Esto le da connotación de horizonte en movimiento, de poro en apertura continua.

La tierra asoma por lo ojos:
mirada horizontal donde brota la vida
–boscosa, desértica, oceánica–

allí se abre el alma intempérica,
descubriéndose de cuanto le aleja del cielo

el cuerpo, así, avanza en el tiempo
cual árbol que trepa desde la raíz hasta la
hoja
–la hoja, que también es raíz
succionando agua de la atmósfera–

todo cuanto veo danza,
mostrando el universo en asombrosa conti-
nuidad.

La casa no emergió del suelo:
emergió del tiempo y de la emoción

y son estos –sus progenitores–
quienes nos abren la puerta,
nos ponen la taza sobre el plato,
nos despiden tras la ventana

a una casa no se la puede demoler:
aunque separen cada átomo
de sus lindas y de sus baldosas

ella es el hogar de la memoria
y su fisiología estará inscrita hasta
en la manera en que sorbemos el agua
y depositemos el pie sobre el paso

por siempre.



Los pasos le recuerdan al camino
que es origen y fin:
presente continuo.

Ese rostro de fachada neutra
resguarda un luminoso patio interior

silencio escarpando por las paredes
que hace de la intuición fotosíntesis.



La oscuridad
levanta un espacio sagrado:

vincula lo que soy con lo que Es

en tinieblas
la piel mira

y tienta misterio.



En cada partícula del alma
expando el cuerpo,
sudo en ella,
canto.

La sensación es que se avanza hacia el futuro

pero es el pie, adhiriéndose a la tierra, quien certifica que la única dirección posible es el presente

eso de pasado y de futuro son accidentes del verbo.

En el silencio la rama amplifica su canto y el alma su noche

sólo se escucha el bosque creciendo y un viento que agita

(la voluntad emprende éxodo sin equipaje y a la velocidad de aquel silencio).

Cuando al cuerpo le cansa una postura, la intuición inhala y desplaza

(luego acude la razón)

cuando el alma busca, el universo acompaña desvelando un equilibrio distinto.

¿Es tu destino ese cielo o, acaso el vuelo,

que es cielo dentro de ti?

¿Por qué una contractura de hombro se corresponde con un recuerdo amordazado?

(grito, sabiendo que será tarde cuando alguien se gire a escuchar)

¿es esto lo que nos aqueja?

Javier Bustamante Enriquez
Poeta y promotor cultural

